

detenido nuestro comentario en el capítulo IV. En los cuatro restantes trata de los emigrados políticos y su acción, del grupo de los "moderados" tan poco estudiado hasta el momento, del alzamiento de 1833, de las intrigas palaciegas en torno a la sucesión de Fernando VII, de la significación política de María Cristina de Borbón, de las primeras guerras civiles, etc. La sola enunciación de estos asuntos dice de la importancia e interés del libro. 1840 es la fecha que señala el límite del trabajo de Federico Suárez. Es decir el abandono de España por María Cristina, cuando su hija Isabel II está asentada en el trono y ella ha cumplido su papel de dirigir la oposición a Don Carlos; cuando se ha iniciado el nuevo régimen, el régimen liberal.

"Pero ¿existía en 1840 un pensamiento político, un liberalismo español? El reinado "grande, glorioso y consolador" de Isabel II —por usar los términos que emplea Lafuente— da a la pregunta una respuesta negativa. La crisis política es, desde 1840 idéntica a la del período anterior a esa fecha, y espero poderlo demostrar algún día". Esperemos el remate de este trabajo que el autor promete. Tendremos entonces una visión completa y congruente del siglo XIX español, bien que hidalgamente confesado el punto de vista carlista con que estará hecha.

*César Pacheco Vélez.*

FEDERICO SUAREZ. *Fernando VII*. Estudios Americanos, Vol. IV, Núm. 12, Sevilla, enero de 1952, p. 5-25.

Suárez anuncia que no trata de hacer una reivindicación de Fernando sino de llegar a una comprensión de su figura; pero, en realidad, la reivindica.

Inicia su estudio con la distinción de tres momentos de crisis en la Historia Moderna de España. El primero tiene lugar en el siglo XV con el paso del medioevo al mundo moderno y es salvado por los Reyes Católicos justamente llamados "forjadores de la nacionalidad".

El segundo momento de crisis comienza con la derrota española de Westfalia; es el cambio caracterizado por la ausencia de hombres capaces frente a la monarquía.

El tercero presencia graves problemas europeos, como la Revolución Francesa y Napoleón y se determina por la cautividad de un rey, la guerra de liberación, la pérdida de un continente y el paso del Antiguo Régimen a la Monarquía Constitucional. "La situación requería al frente de los destinos de la monarquía española un monarca excepcional. No lo hubo".

Dice Suárez que Fernando VII es un rey al que sólo puede entenderse encuadrado en su época. Se tiene un concepto despectivo de Fernando, pero no se explica cómo si se le atribuyen tantos defectos lograra la popularidad que lo llamó el Deseado y entusiasmó tanto.

Hace un breve esbozo biográfico de Fernando; dice que a los dieciocho años tenía muchos defectos pues la educación recibida no los había evitado aún. Para dar idea del plan de estudios del príncipe utiliza una nota del Archivo Nacional que traslada Arzadún en su libro.

En su análisis de la lucha por la soberanía presenta al Fernando representante del Antiguo Régimen (14-22) y al Fernando que marca su afán por una autoridad, manifestada en especial del 23 al 32 en que es freno de todas las sublevaciones, realistas y liberales. Ve en ello una actitud que se hizo general en Europa luego de la des-

trucción del principio de la legitimidad como consecuencia de la Revolución Francesa y de Napoleón y que es ese movimiento de vuelta a la normalidad.

Dice que Fernando es siempre rey, aunque desposeído por Napoleón y reducido a un simple funcionario por los innovadores que desconocieron su soberanía. La idea fija del rey era sobre todo la autoridad; cita a favor la indignación de Fernando con sus ministros cuando el marqués de las Amarillas dimitió el ministerio de guerra instado por sus compañeros de gabinete. Pero no dice Suárez que tuvo que ceder el rey a pesar de todo, como lo afirma Ballesteros.

Nos muestra a Fernando como un hombre bondadoso y sencillo; es distinto el Fernando de los documentos oficiales al de los documentos privados. Agustín Girón, que parece simpatizaba con los liberales, aunque con motivos para ir en contra del rey, lo califica de "el mejor de los reyes", por sus virtudes, el cumplimiento de sus obligaciones y afabilidad.

De muy minucioso lo califica Arzadún y no le parece extraño a Suárez, "minucioso por lo baladí de los asuntos". Es un severo administrador del patrimonio, pide las cuentas al mes. "Amante de su familia, de costumbres sencillas, celoso administrador, casero, Fernando VII era por carácter y temperamento, un buen burgués, mucho más que un rey".

Es absurdo reducir la figura de Fernando a un complejo de cobardía, miedo y doblez. Diferencia al Príncipe de Asturias receloso, incomprendido y represivo, del rey, que no es una figura tampoco, ni fué brillante.

No tuvo un sistema político, ni política. "Su actuación como rey es deprimente". En política interior tiene sí una norma, ser antirrevolucionario; pero fué popular, respetado y obedecido, porque era rey.

En realidad Suárez reivindica a Fernando y es que hay que entender a Suárez como carlista, ansioso de modificar los errores de la tendencia opuesta, la liberal.

Suárez en su obra *La Crisis Política del Antiguo Régimen en España (1800-1840)*, dice que la historia del siglo XIX se reduce a la sobrevaloración de lo liberal y negación del valor de la corriente opuesta, carlista.

En el reinado de Fernando VII "es en efecto sorprendente ver cómo lo anecdótico ha borrado lo histórico". Es que se ha seguido una versión unilateral. El reinado de Fernando VII se caracteriza por su desorientación, es una época de crisis.

*Sara Hamann Carrillo.*

ALBERTO ULLOA, *Don Nicolás de Piérola. Una época de la Historia del Perú.* Lima, Imprenta Santa María, 1949, 441 p.

Entre las biografías históricas que han salido de prensas limeñas estos últimos años, destaca por propios méritos la que Alberto Ulloa Sotomayor dedica a Don Nicolás de Piérola. Tal como lo pide el subtítulo, el autor enrumba la pluma a describir conjuntamente toda una época de agitada historia republicana.

Sólo a tres años de la poco feliz obra de Jorge Dulanto Pinillos, aparece el trabajo de Ulloa que presenta predominantemente una línea serena y ponderada. El tono apologético que brota de algunas páginas se explica por la notoria simpatía que Ulloa demuestra hacia quien fué —no cabe duda— la figura política más eminente del Perú finisecular. Ese fervor pierolista cristaliza en la lírica y declamatoria exégesis del popular grito "Viva Piérola" (p. 363-364).